Dieta pre nochebuena

Autor: Manolo Campa

Se acerca la Nochebuena, mis sentidos lo perciben. Los días son más lindos… las noches también más bellas y más frescas. Los olores me van ambientando para la gran cena en familia antes de la Misa de Gallo. Mi mujer, al tanto de todo, lo sabe y ha establecido una dieta, sin recurso de apelación.

No estoy gordo… tengo "músculos atrofiados" alrededor de la cintura, la barbilla distendida, y el ombligo hundido en un estómago generosamente tratado… pero, si escondo la barriga, puedo disimular el sobrepeso que me desfavorece.

Para escudarse en mí cuando ella no sigue la dieta, me incluye en cuanta disciplina alimenticia impone. El plan del "matriarcado" para comer con moderación se inicia con la bendición de los alimentos seguida de una confesión de las veces que he roto la dieta.

Yo acepto con resignación esta "liturgia doméstica" pero sin dolor de contrición ni propósito de enmienda… convencido de que si me tropiezo con un flan o una crema catalana, los disfrutaré sin acordarme de las regulaciones "pre nochebuena".

Impulsado por el estado de rebeldía en que me ha sumido esta dieta involuntaria, quiero denunciar algunas de las cosas que me "bestializan". Lee con detenimiento, amigo lector, los párrafos que siguen, retazos de la sufrida vida de un esposo y mártir contemporáneo.

Situación: Estoy debajo de la ducha, enjabonado. Mi mujer está en el patio hablando con sus matas o con la vecina de Cárdenas. Suceso: Suena el teléfono. Sigue sonando… salgo de la ducha como tenía que hacer Adán cuando Eva estaba entretenida hablando con los animales o sembrando maticas en el Paraíso. Contesto la llamada fingiendo amabilidad… me preguntan si alguien en la casa tiene "Medicare"… Sí, respondo… la madre (hago una pausa al acordarme de los consejos de mi director espiritual y continúo) de mis hijos, y cuelgo molesto, mojado, congelado y lamentando no haber dado rienda suelta a la "estocada" que dejé en suspenso.

Considero un delito contra la propiedad compartida el apretar por donde quiera el tubo de pasta para los dientes. Hay veces que el tubo parece un churro mal trenzado. De vez en cuando, el espejo que uso para afeitarme no sirve para mirarse en él… más nítidos reflejos consigo si me afeito mirándome en la tapa de la olla de presión donde reposa el potaje de chícharos recién cocinado. Después que mi mujer se ha rociado el "spray" sobre el pelo, sólo tengo dos caminos para poder afeitarme: limpiar con "espíritu de caridad", sin escandalizar, lo que ella ha embarrado o afeitarme "a ciegas".

Preguntas que no requieren respuestas: ¿Se ha sentado usted en su lugar favorito para ver televisión o "echar un pestañazo", lo que suceda primero, y ha tenido que

levantarse para remover de la parte de atrás de sus pantalones, dos palitos con algodoncitos en las puntas que utilizó su mujer para el cuidado de la "cutícula"?

¿Ha entrado en su casa y se ha topado con la esposa sentada con los pies estirados sobre una banquetita, con algodoncitos entre cada uno de los dedos? Enseguida la inclinación humana hacia lo dramático me lleva a pensar en un accidente capaz de lastimarle todos los dedos de los pies al mismo tiempo: ¿Habrá empezado a bailar ballet con las "senior citizen" del "home" que está en la Calle Ocho y se cayó de las zapatillas? ¿Le cayeron sobre los pies los libros de la nieta que está en Primer Grado… los que costaron más de $200.00 y se necesitan dos mamás fornidas o un levantador de pesas para cargarlos? ¿La habrá mordido alguno de los cangrejos que la vecina tenía en "stand by" para cocinarlos con arroz, utilizando la receta que le mandaron de Cárdenas, lugar famoso por su playa de Varadero y sus cangrejos? ¿La habrán picado las hormigas bravas cuando salió al patio a cuidar las orquídeas que reciben más atención que yo?

Nada de lo mencionado antes… No hubo accidente. Ella se había pintado las uñas de los dedos de los pies y las tenía en reposo hasta que se secara el esmalte. ¡Qué visión tan espeluznante!

EN SERIO:

En la Navidad nuestro cristianismo (manera de ser "a lo Cristo") debe destacarse más que nunca. Es el momento propicio para ser amables con todos. Son los días especiales del año donde la alegría de ser cristiano debe contagiar a todos los que estén a nuestro alcance.

El entusiasmo por vivir haciendo el bien hará que muchos se interesen por conocer la causa de ese proceder no muy común en nuestro mundo de hoy tan brutalmente individualista.

Si podemos dar porque tenemos para ello, seamos generosos. Si con nuestra presencia podemos llevar alegría o consuelo, paz y tranquilidad, hagámoslo. ¡Seamos felices en esta Navidad haciendo felices a cuantos podamos!